

PLIEGO

Vida Nueva
3 de 2-8 DE
MAYO DE 2020

Invitar a la fe, a la espiritualidad, a la Iglesia

GRUPO ERASMO

A esta reflexión han contribuido, por orden alfabético: **Carlos F. Barberá**, teólogo; **Dolores Cabezado**, catedrática de Química; **Lala Franco**, periodista, **José Luis Moreno**, abogado; **Enrique Portus**, ingeniero agrónomo; y **Raquel Salmones**, profesora de Inglés.



INVITAR A LA FE, A LA ESPIRITUALIDAD, A LA IGLESIA

Para todos nosotros, la fe es la riqueza principal de nuestras vidas. Todo sentimos, sin embargo, la tensión entre la necesidad de comunicarla y la dificultad de hacerlo. Las páginas que siguen son fruto de esa preocupación, y del esfuerzo por darnos a nosotros mismos mejores herramientas para dialogar e invitar a los que nos son cercanos a esa experiencia que nos es esencial.

PRÓLOGO

"Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: '¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!'" (Rom 10, 14-15). Así se expresa san Pablo dirigiéndose a los Romanos, y no se puede sino darle toda la razón. Antes de que llegue a ser un sentimiento y una vivencia personal, la fe ha de ser anunciada.

Ahora bien: ¿quién ha de hacer ese anuncio?, ¿en qué circunstancias?, ¿a qué personas? ¿con qué mediaciones? Cada una de esas preguntas, fáciles de contestar hace solo sesenta años, exigen hoy reflexiones y matices antes desconocidos.

Comencemos reconociendo que, en España, todavía bajo los efectos del nacionalcatolicismo, nos resistimos a enfrentarnos, ligeros de equipaje, a una situación absolutamente diversa, de pluralismo religioso y de increencia.

Alguien planteó una vez la siguiente pregunta: ¿qué harían los curas si, de repente, no existiesen las parroquias? Un cuestionamiento bien agudo, que no ha encontrado demasiada respuesta, precisamente porque existen las parroquias y, con ellas, los sacramentos de iniciación, las catequesis, las predicaciones, la acogida de Cáritas.

No hace falta recalcar que el clima social ha cambiado radicalmente y, por tanto, las preguntas de san Pablo cobran un significado nuevo. En el ambiente agnóstico que se ha adueñado de la sociedad, ¿cómo creerán sin que se les predique?

En varias ocasiones, el papa Francisco ha dicho que desea curas "callejeros", pero, si echamos una mirada alrededor, podremos

comprobar que su deseo apenas ha encontrado seguidores. Al contrario, las parroquias parecen encerrarse en sí mismas con múltiples y variadas actividades, salvo la de salir a la calle. Corren así el peligro de hacer buena la profecía de Nietzsche, para quien las iglesias se convertirían en las tumbas y mausoleos de Dios.

En septiembre de 2012, Benedicto XVI recordaba que "esta herencia se encomienda hoy a toda la Iglesia: la evangelización, que "no es obra de algunos especialistas, sino de todo el Pueblo de Dios".

Alguien contaba que, en su parroquia, en la predicación del domingo, el sacerdote afirmaba que la labor de evangelizar no corresponde solo a los clérigos o los obispos, sino a todos los cristianos. Refería también que, al mirar a su lado a unas cuantas personas mayores de barrio, le invadió el sentimiento de la inanidad de un mensaje tan general y poco adaptado. Y pensó: ¿qué harán estas personas al ver que sus hijos o nietos apenas son creyentes?

Urge, pues, una reflexión sobre los predicadores de ese anuncio, sobre el mundo donde hay que hacerlo, sobre los destinatarios, sobre las prioridades e instrumentos. Contribuir a esta reflexión es el objetivo de este trabajo.

LA TRANSMISIÓN DE LA FE ANTES Y AHORA

La generación de nuestros padres y la nuestra recibieron la fe en el Dios de los cristianos prácticamente con los mismos medios: oraciones repetidas de memoria, conocimiento literal de algunos pasajes del evangelio con poca repercusión social, asistencia a la misa dominical, recepción de los sacramentos y respeto a la moral de la Iglesia. No es que todos fueran cristianos entusiastas, pero todo el mundo, salvo excepciones, pasaba por ese camino. Y, además,

estaban los colegios y la enseñanza de la religión en todos los niveles. Y estaban las fiestas, los ritos, la celebración de los santos... Hasta hubo un tiempo en que la televisión cerraba sus emisiones con una palabra religiosa: *El alma se serena*.

Compartir esta forma de pensar y de ser estaba bien visto en los ambientes de la clase media, especialmente en la posguerra.

Sin duda existieron y existen conductas valiosas, concordantes con lo que entendemos por la vida de fe y son fácilmente identificables, pero no son multitudinarias ni mucho menos. Basta consultar las estadísticas de los jóvenes y adultos que ahora se confiesan creyentes, para concluir que los medios utilizados anteriormente han sido a la larga muy poco eficaces.

La rutina, la falta de sinceridad, muchas conductas que han vulnerado principios evangélicos, una teología anquilosada, una pedagogía deficiente, un conservadurismo renuente al diálogo con el mundo... estas y otras razones han conducido a este rechazo, y muchos planes diocesanos de evangelización siguen adoleciendo de lo mismo.

Hay que añadir, además, que el mundo al que la Iglesia dirige su mensaje ha cambiado profundamente y ha generalizado actitudes que se cierran a ese anuncio o dificultan su acogida: una concepción puramente científica de la existencia, que conduce a la increencia, al ateísmo y, en ocasiones, al nihilismo. Una cultura de masas consumista, que envuelve con sus mensajes y configura la existencia. Un espíritu de indiferencia radicalizada, que instala a los sujetos en la falta casi absoluta de curiosidad, atención, interés y aprecio hacia lo religioso. Hay que añadir, sin embargo, que hay también muchas actitudes altruistas de solidaridad que no parecen tener necesidad de un soporte religioso. Y, finalmente, la ignorancia de una religión que ya no se transmite en la familia o en los medios de socialización.

Solamente un profundo cambio de la pastoral de la Iglesia y del testimonio creíble de los creyentes permitirá albergar esperanzas de una transmisión de la fe amplia y entusiasta, contando "como es natural" con la asistencia del Espíritu Santo.



Los documentos del Concilio Vaticano II suponen un importante caudal de optimismo, aunque el mundo ha cambiado mucho en este tiempo y la Iglesia ha de demostrar capacidad permanente de comprensión social, religiosa y espiritual del mundo al que se dirige, y así hay que entender la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) del papa Francisco.

Hace falta poner en marcha un nuevo paradigma de Iglesia, centrado no tanto en la doctrina y el culto, sino en la acción y la espiritualidad, con acentos como los siguientes: construir la Iglesia como comunidad –no tanto como estructura jerárquica– y como servicio al mundo, dar protagonismo a los ministerios laicales, abrir la Iglesia a la rigurosa participación de las mujeres, asegurar la centralidad radical de los pobres...

Es preciso pensar en un entorno social mucho más amplio que el tradicional, que tenga en cuenta: los segmentos de edad, la etnia y la geografía, sin olvidar las desigualdades superpuestas que originan los conflictos geopolíticos,

las fracturas del sistema de bienestar, el aumento de políticas conservadoras y el extremismo violento. Esta nueva Iglesia, si de verdad quiere situarse al lado de los más débiles, ha de volcarse en el logro de bienes y servicios básicos para los pobres, las víctimas de los desastres, los inmigrantes y exiliados, y los severamente afectados por el cambio climático. Y también la Iglesia del futuro puede ser un testigo profético y proactivo de la cultura digital.

INVITACIÓN A LA TRASCENDENCIA

En ocasiones, se ha echado mano de la parábola de los invitados a la boda (Mt 22, 1-14) para aplicar a la pastoral el mandato del señor a sus criados: *compelle intrare* (fuérzalos a entrar). En este trabajo, queremos acudir más bien al concepto de invitación, a la idea de invitar. No se trata –ni es ya posible– de forzar a nadie a aceptar la fe, pero sí de invitar a ella. Transmitir la fe no es compartir convicciones, concepciones del mundo, sino transmitir experiencias

que se viven como humanizadoras y salvíficas para el que las transmite.

La primera de esas invitaciones, la más general, es, sin duda, la que se puede hacer a experimentar la trascendencia. La primera, la que parece más evidente, pero no la más sencilla. La más evidente porque, en un mundo compuesto solo de realidades tangibles, investigables, siempre se puede lanzar una pregunta: ¿tú crees que hay algo más allá de lo visible, más allá de lo que tocamos todos los días?

Ciertamente, no es una pregunta que se haga en las conversaciones de sociedad ni, en realidad, tampoco en encuentros más privados, pero no ofrece mucha dificultad para ser formulada. A raíz de ella, cualquiera puede comenzar un debate sobre la falta de sentido de un mundo puramente inmanente, sobre la razón de Sartre al definir al ser humano como una pasión inútil o la sensatez de san Pablo: “Comamos y bebamos que mañana moriremos”. No suele ser motivo de conversación, pero la mención de la trascendencia puede animar fácilmente alguna.

INVITAR A LA FE, A LA ESPIRITUALIDAD, A LA IGLESIA

» Claro está que, hasta ahí, se trata de una interpelación, de un intercambio de opiniones.

La dificultad viene si deseamos ser fieles a la palabra propuesta y queremos invitar a la trascendencia y no solamente hablar de ella. ¿A qué es a lo que invitamos?

En un pequeño discurso, tras recibir el premio Musical America al mejor músico del año 2010, **Riccardo Muti** afirmó sobre su trabajo de director de orquesta: "Yo estoy a la mitad del camino y creo que nunca llegaré a la otra orilla, porque detrás de las notas está el infinito, que significa Dios".

El director italiano hizo una referencia a ese más allá en el que creemos y que está inserto en los acontecimientos, en este caso, en la música. Todo nos invita a desear y a esperar en un final que lo acoja todo, que dé un sentido a los hechos personales.

Pero invitar a la trascendencia es mostrarla también aquí y ahora. "El Reino de Dios está en medio de vosotros", dijo **Jesús**, y así es posible experimentarlo.

Ahora bien, ¿a qué invitamos en realidad? No a una emoción estética, como la que muchos sienten ante una puesta de sol, sino a una parada, a un arrobamiento, a una adoración, a un éxtasis, a un silencio repleto de realidad.

Pero recuérdese que hablamos de invitar y que, por tanto, quien invita ha de tener esas experiencias y poder contarlas. **Kant** decía: "Dos cosas llenan mi ánimo de admiración y respeto: el universo sobre mí y la ley moral dentro de mí". Ahora que hemos perdido el respeto por el universo y también por la ley moral, otras han de ser nuestras experiencias. Todas, sin embargo, se referirán a ese infinito innombrable que puede llenarnos de emoción, que nos hace caer de rodillas alguna vez como **Pedro** ante la pesca milagrosa.

Se dirá que hablamos de algo demasiado abstracto. No lo es. Ya es conocido el relato que hizo **Thomas Merton** de su experiencia del 18 de marzo de 1948 en Louisville, en la esquina de las calles Cuatro y Walnut: "Me sobrecogí súbitamente al darme cuenta de cuánto amaba a toda esa gente, que ellos eran míos y yo era suyo. Fue como despertar de un sueño de separación". Fue algo insólito, sin duda, pero también

puede sobrecogernos la propia vida con todas sus manifestaciones, la naturaleza, la muerte. Todas ellas sugieren preguntas que pueden formularse o testimonios que ofrecer. Y aquí, probablemente, entra el tema de las víctimas, de los inocentes abusados, torturados, asesinados. ¿No suscitan un sentimiento de impotencia, pero también un deseo de trascendencia para ellos, para que su vida no haya sido un dolor sin sentido? Invitar a la trascendencia es necesario y posible.

Hablábamos de que, para invitar a la trascendencia, hay que tener previamente esa experiencia. Y si, como en el caso de **Merton**, es posible percibir la trascendencia como un deslumbramiento ante la existencia, como un sentimiento de unidad profunda con todo lo creado, podemos decir que se precisa un cultivo de la vida interior para descubrir e ir situando nuestra vida en un horizonte de trascendencia. Por tanto, para invitar a la trascendencia hay que invitar a la espiritualidad.

INVITAR A LA ESPIRITUALIDAD

¿Qué quiere decir tener una experiencia espiritual? Ante todo, tener una vida interior: mirarnos y descubrir que tenemos un fondo, una densidad, una profundidad grande, y que el gozo básico de la existencia precisa que dediquemos tiempo y atención a lo que somos.

Tendemos a identificarnos con lo que hacemos o con nuestro papel social. Sin embargo, el gozo básico de existir no nos lo proporciona nuestro quehacer, que siempre es perecedero y temporal, aunque nos pueda dar muchas satisfacciones. Lo que poseemos o aspiramos a tener tampoco puede ser la única base de nuestra felicidad, ya que el poseer es un pozo sin fondo: si ponemos nuestro corazón solo en el deseo de tener, no llegaremos lejos.

Lo mismo podríamos decir de los afectos o de la salud, ambos tan necesarios. Pero, si nuestra buena forma física, o la compañía de una pareja o el tener muchos amigos son la base de nuestro bienestar, estamos bajo una amenaza permanente de infelicidad.

La felicidad básica de la vida, el gozo de existir, ha de tener una base anterior, es una condición previa para

todo el resto de gozos y disfrutes de la vida. ¿Y cuál es esa base inicial?

El conocimiento y aceptación de nosotros mismos en toda nuestra riqueza, profundidad y complejidad.

La conciencia de que somos seres valiosos, importantes, únicos, en medio de nuestras deficiencias e imperfecciones externas e internas, nos proporciona la alegría básica de la existencia. La conciencia de SER es esa energía básica. Para el hombre religioso, esa conciencia va unida al sentido de pertenencia y a la gratuidad: la maravilla de sentir la vida como un regalo y el sentimiento de formar parte de un proyecto mayor y con sentido. Para el cristiano, es el saberse hijos de Dios y la experiencia de la Gracia.

Pero esa conciencia precisa ser cuidada, agrandada, profundizada. Y ese es el camino interior que cada uno ha de recorrer, cada uno el suyo. Invitar a la espiritualidad es, por tanto, invitar a ese recorrido propio que comienza en la conciencia de ser y nos abre a la trascendencia. Es decir, nos abre a todo lo que nos trasciende, a todo lo que va más allá de nosotros: a la naturaleza, a los otros y al radicalmente Otro, a Dios.

De modo que invitar a un camino espiritual es, ante todo, invitar



a vivir en profundidad, invitar a vivir en plenitud, invitar a vivir abierto a la trascendencia, invitar al horizonte de Dios, porque el deseo de ser en plenitud conlleva el anhelo de Dios. Un Dios infinitamente misericordioso, que se nos revela en el día a día abriendo siempre un horizonte de esperanza.

Puede haber también espiritualidades laicas. El teólogo hispano-indio **Raimon Panikkar** defiende que la espiritualidad es un componente básico de todo hombre, de tal manera que, con independencia de su raza, cultura o religión, todo ser humano tiene esa capacidad de vivir una experiencia espiritual, que se caracteriza por la apertura y la confianza.

De modo que el conocimiento y aceptación de lo que somos, junto a esa actitud de confianza, nos abren a reconocer una realidad primigenia que es Presencia amorosa, aunque también puede ser Ausencia, Silencio, Presencia extrañada.

La gota de vida que somos es una gota de vida con sentido. Es una gota de vida para la que hay un proyecto, una oferta; siempre misteriosa, no totalmente desvelada; vamos corriendo el velo del misterio de nuestra propia existencia según

vivimos y ahondamos en la conciencia de lo que somos. Los cristianos decimos que vamos descubriendo el proyecto que Dios tiene para nosotros.

La experiencia espiritual es la base y el alimento de la experiencia religiosa. Sin ella, lo religioso puede quedar en la superficie de nosotros mismos y reducirse a ritos, dogmas y manifestaciones culturales que, siendo importantes, apenas rocen el sentido profundo de la existencia.

La experiencia religiosa está necesitada hoy de profundidad y de silencio. En nuestra sociedad frenética, superficial e hiperactiva, invitar a lo espiritual y lo religioso pasa por invitar y ofrecer el silencio. El silencio, durante tanto tiempo atributo solo de la vida monacal, ha saltado los muros de los monasterios para incorporarse a la vida laica en numerosas propuestas de espiritualidad. Muchas de ellas beben del yoga, el budismo o la New Age, lo que suscita reticencias del mundo cristiano que, sin embargo, no ha dejado nunca de proponer "desde los Padres del desierto hasta hoy" fórmulas de oración basadas en el silencio. Hoy, cuando cada vez más colegios incorporan fórmulas pedagógicas de meditación para que los niños vivan centrados en lugar

de ausentes y dispersos, la invitación a la espiritualidad debe incorporar estas valiosas herramientas.

Algunas prácticas de interés recomendadas en ese camino pueden ser: hacer a diario unos minutos de silencio, en los que acallar la mente y concentrarse en sentir el entorno y nuestro propio ser, sin palabras y sin juicios; incorporar la respiración profunda y la atención a la respiración como práctica meditativa que nos ayuda a silenciarnos y calmarnos; adoptar una postura que nos permita mantener la quietud un rato, en un entorno y momento del día adecuados; procurarse momentos más largos de retiro y descanso en los que el silencio y la contemplación de la naturaleza tengan protagonismo. Son maneras de enriquecer –que no de sustituir– la oración ritual o la meditación intelectual.

Desde la invitación a la espiritualidad se puede transitar a otras invitaciones, como son invitar al compromiso, invitar al cristianismo e invitar a la Iglesia.

Porque cualquier propuesta espiritual honda lleva necesariamente hacia el otro: se cultive en base a la meditación, la contemplación de la naturaleza, la atención al presente, el rezo de oraciones o el silencio, ha de volvernos más capaces de comprender al otro en sus heridas y de aceptarlo como nos aceptamos a nosotros en las nuestras. Descubrirnos como parte de una humanidad doliente ante la que tenemos responsabilidades nos lleva al compromiso.

Porque cultivar la espiritualidad no es olvidar el dolor para vivir en un nirvana perfecto. La plenitud humana solo se alcanza desde la aceptación de la propia humanidad en toda su contingencia, imperfección y debilidad, lo que significa integrar la experiencia del sufrimiento. Para los cristianos, significa la aceptación de la cruz en el horizonte de la resurrección. La vida de Jesús nos mostró ese camino al que nos hemos unido y al que podemos invitar a otros.

Finalmente, si la espiritualidad no puede ser ni desencarnada ni autocomplaciente, tampoco puede ser exclusivamente individual: se reconoce, alimenta y, a la vez, acompaña a otros en comunidad. De ahí la invitación a la Iglesia.



INVITAR A LA FE, A LA ESPIRITUALIDAD, A LA IGLESIA

» INVITAR A JESUCRISTO

"Nació en una pequeña aldea, hijo de una mujer del campo. Creció en otra aldea donde trabajó como carpintero hasta que tuvo 30 años. Después, y durante tres años, fue predicador ambulante. Nunca escribió un libro. Nunca tuvo un cargo público. Nunca tuvo familia o casa. Nunca fue a la universidad. Nunca viajó a más de trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento. Nunca hizo nada de lo que se asocia con grandeza. No tenía más credenciales que él mismo. Tenía solo treinta y tres años cuando la opinión pública se volvió en su contra. Sus amigos le abandonaron. Fue entregado a sus enemigos, que hicieron mofa de él en un juicio. Fue crucificado entre dos ladrones. Mientras agonizaba preguntando a Dios por qué le había abandonado, sus verdugos se jugaron sus vestiduras, la única posesión que tenía. Cuando murió, fue enterrado en una tumba prestada por un amigo. Han pasado veinte siglos, y hoy es figura central de nuestro mundo, factor decisivo del progreso de la humanidad. Ninguno de los ejércitos que marcharon, ninguna de las armadas que navegaron, ninguno de los parlamentos que se reunieron, ninguno de los reyes que reinaron, ni todos ellos juntos, han cambiado tanto la vida del hombre en la tierra como esta Vida solitaria" (texto anónimo).

Viviendo en un país de tradición católica, cualquiera tiene una imagen de aquel predicador palestino. Cualquiera puede decir que fue alguien con un mensaje de amor, condenado y ajusticiado en una cruz. Pero el texto anónimo que precede a estas líneas pone de manifiesto, sobre todo, que Jesús fue fundamentalmente el hombre de la confianza.

Una confianza irreductible en el ser humano, a pesar de que "él conocía lo que hay en el corazón del hombre" (Jn 2, 25). Y eso a pesar de todas las experiencias en contra, a pesar de los malentendidos, a pesar de las enemistades que su predicación y sus acciones suscitaban. No era una confianza ingenua, ilusoria, sino basada en la certeza de que hay una luz y una riqueza en todo ser humano que solo clama por ser revelada.

Y una confianza en su mensaje. Muchas veces se ha puesto de relieve que Jesús predicaba en aldeas, en

pequeños pueblos, en los cruces de los caminos, a los que se acercaban al lago de Tiberíades. Raramente predicó en las grandes ciudades de Palestina ni estableció debates con los intelectuales de su tiempo. En un tiempo sin medios de comunicación social, confiaba sin duda alguna en la fuerza y el alcance de su predicación.

Y, sobre todo, una confianza en aquel a quien llamaba Padre. Él era el valedor de su vida, de sus acciones, de sus palabras, de sus promesas. Jesús confió en aquel Padre hasta en los peores momentos, en aquellos en que parecía que el fracaso y la muerte eran el único destino, en que el abandono y la soledad eran absolutos.

Invitar a Jesucristo es invitar a confiar en Él y a confiar en lo que Él confió. Es invitar a creer en Él como el Resucitado, como el que vive para siempre e invita a enriquecer nuestra vida siguiendo la suya. Es animar a vivir una espiritualidad que experimenta que el Reino de Dios está en medio de nosotros. Y es confiar en que nada de lo que se siembra se pierde, sino que se revelará en unos cielos nuevos y una tierra nueva.

INVITAR A LA IGLESIA

Quizá no en todos los casos ni para todas las personas, pero la transmisión de la fe debe culminar en una invitación a entrar en la Iglesia. Esta afirmación no parecerá a todos tan evidente. Si todas las religiones son caminos de salvación, puede pensarse en ocasiones innecesario buscar una conversión. Si valoramos la fuerza de una tradición cultural, puede que nos parezca mejor en muchos casos respetar las opciones ajenas y no incomodarlas. Y, sin embargo, hemos de invitar a la Iglesia.

Una dificultad se añade a la anterior: participamos de la vida de la Iglesia y nos sentimos miembros de ella, pero somos muy sensibles a sus deficiencias humanas, a sus contradicciones, a sus aspectos contingentes y relativos. No solo nosotros: cualquier conversación sobre religión acabará fácilmente en una sucesión de críticas a la Iglesia.

Ahora bien, participantes en una Iglesia católica mucho menos interesante que la actual y, sin duda, muy críticos con ella, los grandes teólogos del siglo pasado no dudaron en manifestar sin reserva

alguna su adhesión eclesial. No solo ellos: creyentes laicos como Bloy, Claudel o Chesterton invitaron a esa entrada a sus interlocutores.

A imagen de estas figuras señeras, es necesario que nosotros mismos podamos decir como lo hicieron todos ellos: "Creo en la Iglesia".

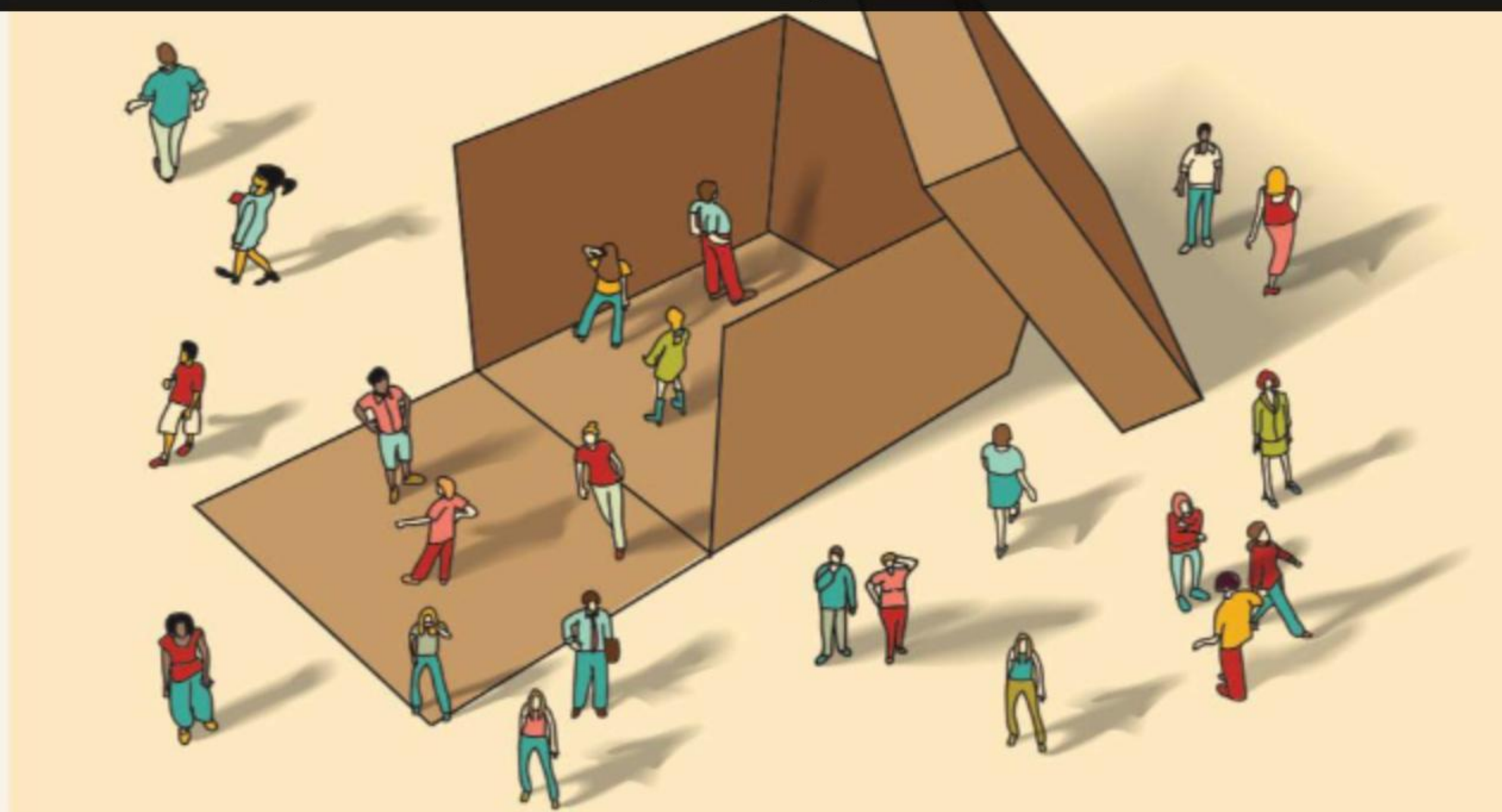
Pero, ¿qué entendemos con ello? Jesús de Nazaret no fue únicamente un profeta, un enviado de Dios para transmitir un mensaje de su parte. Es la presencia irrepetible, definitiva, del designio de Dios: que toda la humanidad y cada hombre y mujer participen de la vida divina; y esto no solo al final de los tiempos, sino desde ahora mismo. El Reino de Dios —así lo anunció— está en medio de nosotros. Por eso dice Pedro que "no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hch 4, 2).

Desaparecido Jesús, "Dios funda la Iglesia". Así de tajante se expresa Karl Rahner. "La Iglesia procede de una voluntad de Dios, voluntad que es absoluta, anterior a toda acción libre del hombre". El teólogo alemán no hace sino recoger una tradición de siglos, el convencimiento de los grandes pensadores cristianos: que "la Iglesia ha sido creada por el Espíritu Santo".

Sin embargo, esta voluntad de Dios tiene una historia, un entronque determinado en la historia humana. Cuando tras la muerte de Jesús, tras su fracaso aparente, los discípulos hacen la experiencia de su resurrección, empiezan a reunirse y a convocar a otros a adherirse a ese grupo naciente. El acontecimiento pascual ha dado lugar al nacimiento de la Iglesia. Desde entonces, millones de personas se han seguido reuniendo, manteniendo viva la figura y la causa de Jesús.

La Iglesia es, pues, la presencia, el signo visible, afincado entre nosotros, de la voluntad salvadora de Dios introducida en la historia por Cristo. Es el sacramento original. Sin ella, Jesús sería únicamente una de las miles de víctimas del Imperio romano, un lejano personaje histórico. Por la Iglesia, Jesús y su proyecto siguen vivos.

Quien se fija únicamente en lo humano de la Iglesia, en lo relativo de la institución, en lo criticable a veces de sus actuaciones, perderá la dimensión de la promesa y la realidad, presentes definitivamente. A muchos,



los árboles de la historia eclesial no les dejan ver el bosque luminoso de la salvación, que está ya aquí y ahora y que la Iglesia anuncia y realiza. El teólogo francés **Jean-Pierre Jossua** invitaba a pasar del espectáculo eclesial a su esencia.

Añadamos que esta invitación no es fácil en un país de tradición católica y tras los años de nacionalcatolicismo. Muchos son los que han vivido malas experiencias en su colegio religioso, en su parroquia, con sus curas o educadores y tienen pocas ganas de volver a la que ven, no como madre, sino como madrastra.

El recientemente fallecido **Juan Martín Velasco** afirmaba que el sujeto de la transmisión de la fe son las comunidades creyentes vivas, y parece que esa invitación a la Iglesia deberá ser transmitida por una comunidad. La comunidad es un grupo cristiano en el que se es reconocido, en el que se tiene la palabra, en el que se multiplican las relaciones interpersonales, en el que se hace crítica y autocrítica. Hay grupos, movimientos y parroquias que se acercan a este modelo. A ellos puede invitarse para invitar a la Iglesia. No porque en su seno todo sea perfecto. Como constituida por seres humanos, en cualquier comunidad se advierten defectos, tensiones, malentendidos... Pero también allí se vivirá el testimonio de verdaderos creyentes, la oración de los más contemplativos, la acción de los más activos. En ellas se palpará un espíritu que va más allá

de lo puramente humano, en ellas la Palabra de Dios se hará viva, y su presencia, celebración y compañía.

INVITAR A LA ACCIÓN

Como es bien conocido, el apóstol **Santiago** afirmó en su carta: "Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta en sí misma. (...) Yo te probaré mi fe por mis obras" (St 2, 17-18). Así pues, en la transmisión de la fe se incluye la invitación a la acción.

No hace tantos años esta expresión se hubiera entendido como invitar al compromiso, es decir, al compromiso político. Hoy tenemos probablemente un concepto más amplio de la acción, que va desde la atención a personas concretas hasta iniciativas para cambiar el mundo o la sociedad.

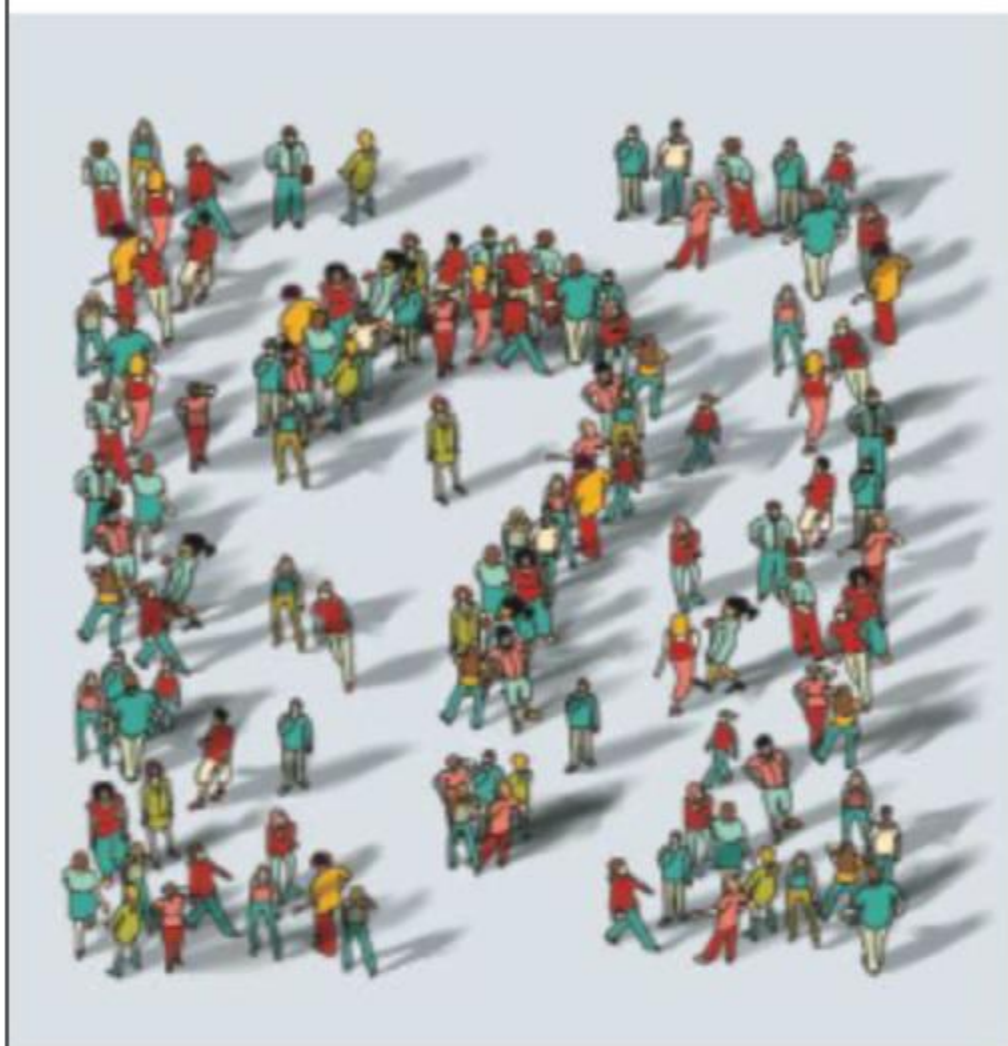
Naturalmente, casi cualquier persona lleva a cabo acciones en su vida, muchas impuestas por deberes familiares o sociales. Pero se trata de ir más allá, en el seguimiento de Jesucristo y a la contra de los valores de este mundo: en un mundo plagado de intereses individuales, apostar por lo común; en un mundo acelerado, invitar a la espera; en un mundo serio y ceñudo, invitar a la risa; en un mundo anónimo, invitar a la cercanía y el acompañamiento; en un mundo con víctimas, ponerse de su lado; en un mundo movido por el dinero, elegir la austeridad y el compartir. Son solo símbolos de otro modo de estar en el mundo, y en el que la compasión, la solidaridad y el recogimiento deben ser señas de identidad.

Invitar a la acción no debería ser difícil. Vivimos en una sociedad con tantos problemas y necesidades que nos sentimos empujados a poner algún remedio y a animar a otros a hacerlo; no solo a colaborar con un donativo o una ayuda eventual, sino con una participación personal que afecte también a nuestro modo de vida. Así lo decía **Emmanuel Mounier**: "Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio. Es decir, las ideas no nos dejan tranquilos. No tendríamos fe, no tendríamos amor, si no quisiéramos con toda nuestra fuerza su realización. No la queremos para nosotros ni necesariamente por nosotros, sino para ellas y para millares de hombres que no han desesperado nunca. Pero, aunque estuviéramos seguros del fracaso, partiríamos de todos modos porque el silencio ha llegado a ser intolerable".

Al menos dos condiciones parecen necesarias: la primera es que nosotros mismos estemos involucrados. Invitar a la acción exige revisar nuestras propias acciones, su objetivo, su alcance, nuestro modo de participación.

La segunda es mostrar la fuente de ese impulso a actuar, que para nosotros es el mensaje y la vida de Jesús. Este es el elemento nuclear, ese compromiso es el que debe mantenerse en todas las facetas de la vida, es el que hay que mostrar a los demás, y que debe nacer de una profunda espiritualidad. No es solo la acción por la acción o por la satisfacción personal, sino

REVISTA Nº 3.176



» por el testimonio. Es decir, es desde la espiritualidad desde donde invitar a la acción.

Atreverse a vivir en esos parámetros inspirados en Jesús es quizá la mejor forma de invitar a la acción y al compromiso a los demás; en una sociedad secularizada, la fe ya no puede transmitirse por métodos tradicionales y por un proselitismo que no es aceptado en sus fórmulas clásicas; acompañar a vivir desde otros parámetros es el modo de transmitir nuestra fe que será mejor recibido.

QUIÉN TRANSMITE LA FE

Este enunciado parece tener una respuesta inmediata: es la Iglesia quien transmite la fe. Es ella la encargada por su Señor de ser su testigo ante todas las gentes.

Pero, dicho esto, hay que añadir que la Iglesia es ya, definitivamente, el Pueblo de Dios, la familia de todos los creyentes y que, por tanto, "como decía Benedicto XVI en el texto citado al comienzo de estas páginas" la evangelización

ya no es obra de especialistas, sino de cada cristiano y cristiana.

A pesar de sus raíces evangélicas, se trata de una afirmación novedosa. Ya no es posible sacudirse ese encargo y delegarlo en obispos, religiosos o catequistas. Cada cristiano ha de tener conciencia de que es una tarea que le corresponde también a él.

En un libro ya antiguo sobre Emmanuel Mounier, Jean-Marie Domenach contaba de un joven de la JOC que, volviendo a casa de su reunión de grupo y llegando a su barrio, pensaba: "Yo soy responsable de estas personas". Pues algo así podemos decir ahora: cada cristiano es responsable de la transmisión de la fe a las personas de su entorno.

Porque, ciertamente, ¿con quién se podrá intentar esa tarea evangelizadora? Con las personas cercanas, con las que se encuentra en su medio. Si ensayamos una lectura creyente, Dios ha trenzado los caminos de las vidas y los encuentros para que en ellos alguien hiciera saltar la chispa de la fe.

¿Y cómo hacerlo? Probablemente no se puede dispensar receta alguna. Es una cuestión de sagacidad, de prudencia, de oportunidad, de gracia y también de Gracia. Sí se puede, en cambio, hacer algunas sugerencias:

- La primera es superar esa mezcla de respeto, de tolerancia, de pudor y hasta de indiferencia que nos impide obrar en la transmisión de la fe. No es lo mismo que alguien crea o que no crea, no es lo mismo que actúe en el mundo o que no lo haga, no es lo mismo que alguien repliegue su vida o que la exponga a los demás.

- La segunda tiene que ver con mi propia fe. ¿Qué es aquello que valoro, en qué terreno he vivido experiencias más fuertes? ¿Qué es lo que verdaderamente quiero y puedo transmitir?

- La tercera se refiere a los destinatarios, a la condición de cada uno, a su edad, a su cultura, a su situación vital, a sus expectativas. Si se trata de invitar, habrá siempre que calibrar a qué puede ser invitado nuestro interlocutor, qué es lo que puede responder a su situación.

- Y, finalmente ¿cómo hay que hacerlo? Sin duda, las respuestas a esta pregunta serán muy variadas y dependerán de las circunstancias y de la creatividad: desde programar decidida y directamente un encuentro y una interpelación personal a organizar una reunión para animar un debate y ensayar una lectura creyente. Desde estar simplemente al tanto y aprovechar las ocasiones que eventualmente se presenten a hacerlo en las festividades familiares o sociales. Desde comunicar por correo electrónico reflexiones, artículos, testimonios a invitar a grupos de meditación. Desde invitar a participar en una acción a animar a acudir a una celebración sencilla y cuidada.

Jesús prometió que el Espíritu nos asistiría, y hemos de confiar en esa asistencia. Pero, antes de ello, hemos de concienciarnos de nuestra tarea evangelizadora. Que podamos decir como Pablo: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Cor 9, 16). ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 123,95 € / UE: 185,64 € / OTROS PAÍSES: 178,50 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanuevadigital.com

Nombre y Apellidos:

Dirección: C.P.:

Población: Provincia: País:

CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

PPC

C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tra-

IBAN ENTIDAD OFICINA DC NÚMERO DE CUENTA



Privacidad · Términos